

tonces. Son los espeyetis. No veo bien. Creía que la señorita era el capitán y como el capitán y yo somos amigos...

TRISTAN.—¿Y usted pellizca a los amigos, pedazo de fresco?

TONINO.—(Riendo.) ¡Ja, ja! Es verdad... Ahí me cachó. Disculpe. Fué un lapsus. (Mutis.)

VICTORINO.—(A Rosita.) ¡Pero, sos la vergüenza de la familia!... ¿No has escarmentado todavía? Por causa tuya no puedo mirarme a un espejo sin ponerme colorado.

ROSITA.—¿Que por causa mía? ¡Será de calor de verse tan fullerero, será!

TRISTAN.—No hablés, audaz... ¡Acordate que por tu liviandad, lo que hiciste con ese Abeleira, estamos aquí!...

ROSITA.—¿Y que más quieren? ¿Cuándo soñaron con un viaje a Europa? Y últimamente, a cualquiera se la doy... Me ofrece un prendedor de brillantes, un auto, un departamento... ¡Quisiera haberlos visto a cualquiera de ustedes si le ofrecen todo eso! ¿Quién se va a negar?

VICTORINO.—¡Basta, cínica! Vaya a su cabina. Nosotros nos quedaremos aquí para descubrir quién es su seductor...

TRISTAN.—¡Eso, escóndase! No ande exhibiendo su vergüenza... ¡A la cucha, a la cucha!

ROSITA.—¡Qué embromar! Tanto asombrarse, como si yo hubiera descubierto algo. ¡Como si fuera la primera! (Mutis.)

VICTORINO.—(Viéndola irse.) Es verdad, no es la primera. Pero no es cosa de dejar escapar a un banquero... (Vuelve TONINO con ABELEYRA.)

ABELEYRA.—(A Tonino.) ¡Has estado a punto de echarlo todo a perder, camello!

TONINO.—Y cómo no me voy a pisar! ¿Quiere de veras que me ponga sabio de la noche a la mañana? ¡Avisé!

VICTORINO.—(A Tristán.) Tratemos de averiguar... (Sonriente, a Tonino.) ¿De modo que usted se equivoca por los anteojos, eh? ¡Qué gracioso!

TONINO.—Sí, pero no se me acerque... No se tire lances. A usted lo estoy mirando muy bien...

TRISTAN.—Somos pasajeros del mismo barco. Debemos intimar... Dígame, en confianza, ¿cuál es entre los pasajeros el banquero Abeleyra?

ABELEYRA.—(Asustado.) ¿A... be... ley... ra?

TONINO.—(Estremeciéndose.) ¡Sapa! ¡La cana! ¡Listos!

ABELEYRA.—¿Abeleyra? No sé. No lo conozco... No sé quien es.

TONINO.—¡San dié! ¡Qué cínico!

VICTORINO.—Viaja acá de incógnito. ¡Donde lo descubramos lo hacemos picadillo!

TRISTAN.—Lo descuartizamos. Se acordará de mi hermana. La pobre Rosita.

ABELEYRA.—(Para sí, consternado.) ¡Rosita!

TONINO.—¡Pobre Rosita! Ese sinvergüenza de Abeleyra se aprovechó con ella, ¿no? ¡Si hay cada atorrante, malandrino, entre esos banqueros! Hacen bien, dénsela nomás...

VICTORINO.—Del barco no va a salir con vida, solamente que...

TRISTAN.—Que sea buzo...

TONINO.—¡Bien hecho! ¡Estropéelo bien!...

ABELEYRA.—Quizá viaje acompañado. Tal vez lleve un guardaespaldas.

TRISTAN.—¡Cualquiera que lo acompañe llevará también su parte!

ABELEYRA.—Eso es. ¡Duro, duro al acompañante!

TONINO.—¡Eh, eh! No hay que hacer las cosas así. Infórmese bien